

que empujaba á Saldanha al poder la formaba especialmente un sindicato de banqueros y gentes de negocio, al que Saldanha sirvió como de rótulo, y en lugar de la regeneración moral que pedía el inocente Herculano, lo que decretaron Rodrigo y Fontes, *pontífice* y *diácono* respectivamente del nuevo culto, fué el progreso material, trocándose la esperada regeneración en reinado del capital. Fontes resumía el espíritu del nuevo sistema diciendo que, «si se pudiese hacer una ley que obligase á todos los portugueses á viajar tres meses por año, respondía de la salvación del país».

El quince de Noviembre de mil ochocientos cincuenta y tres, ciñó la Corona, por muerte de doña María, su hijo Don Pedro V, joven de diez y seis años, que reinó primero bajo la tutela de su padre Don Fernando de Sajonia. Era el regente persona instruida, de aficiones artísticas y cultura moderna, que se prestaba en filosofía á todos los cambios convenientes á la política portuguesa. Había confiado la educación de su hijo al historiador Herculano, y para completarla, le hizo viajar por Francia, Inglaterra, Suiza, Bélgica é Italia. Mas esta instrucción y estos viajes antes perjudicaron que favorecieron á Don Pedro en el ejercicio de su elevada función, siendo, por su saber, demasiado superior á su pueblo, y repugnándole, por sus viajes, las miserias de la sociedad portuguesa, en la que fué siempre extranjero. Juntóse á esto que su complexión delicada y su inclinación natural al misticismo le sugirieron la creencia en su fin próximo, y se desinteresó del gobierno, pareciendo más que actor, mero testigo de su reinado. Con indiferencia vió suceder, en mil ochocientos cincuenta y seis, al partido regenerador el histórico, pasar el poder de Saldanha al duque de Lulé, de alta alcurnia, marido de una infanta, jefe de los revolucionarios y masón. En cambio, ganó popularidad inmensa por el valor que desplegó en el cólera y la fiebre amarilla que desolaron á Lisboa, y no menos popular que él fué su mujer, la bella y virtuosa Estefanía de Hohenzollern-Sigmaringen. La prematura muerte de tan estimable compañera aumentó su natural melancolía; fué acusado de clericalismo, por haber traído á Portugal las Hermanas de la Caridad, y murió el once de Noviembre de mil ochocientos sesenta y uno, llorado por sus súbditos, que, creyendo por un instante en un crimen, se derramaron por las calles de Lisboa gritando muerte y venganza. Su hermano Don Luis, duque de Oporto, que le sucedió, se rodeó de hombres nuevos, como Casal, Serpa, Martens, Sampaio, que imprimieron á la política portuguesa nuevo rumbo, marcadamente progresista. Las Hermanas de la Caridad fueron expulsadas, y el rey casó con una hija del rey del Piamonte, Victor Manuel.

Dejamos en Francia á Napoleón III, en posesión de aquel poder supremo al que había tenido, toda su vida, la fatalista convicción de llegar. ¿Qué uso hará de él? he aquí la pregunta que se hacían todos. De su habilidad en conspirar, sus amigos y hasta parte de sus enemigos inducían su habilidad en gobernar, dejándose fascinar por sus primeros éxitos, á los que seguirán otros más brillantes aún, merced á un raro concurso de cir-

cunstancias. Si su mirada no brilla, si su fisonomía no tiene expresión, es, se decía, porque una fuerte voluntad domina todas las impresiones del alma. Luis Felipe hablaba bien, pero demasiado; Napoleón escucha mucho y habla poco, y este mutismo, que á menudo proviene de irresolución, y no pocas veces de falta de ideas, se interpretaba como profundidad de pensamiento. No queremos decir que Napoleón III careciese de ideas; las tenía, pero vagas, soñadoras, no racionales, de las que deriva esa perseverancia activa y práctica, que sabe ejecutar lo que el espíritu concibe, preparar, coordinar y realizar hasta el fin los medios de ejecución. En aquella naturaleza compleja y contradictoria, mezclábanse por raro modo el conspirador consumado en el arte del disimulo y el soñador romántico: mezcla extraña, la más peligrosa que una nación pueda tener en su jefe. Un hombre así hundirá, seguramente, al país que gobierne en situaciones peligrosísimas, sin saber sacarle de ellas, y si obtiene triunfos, los deberá á las circunstancias más que á su acción personal.

Desde el punto y hora de su advenimiento, Napoleón pareció ocuparse únicamente en extender su poder y asegurar el porvenir de su dinastía. El veinticinco de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y dos, hizo votar el senado-consulta, que le fijaba la misma lista civil que había cobrado su tío, veinticinco millones de francos, sin contar los tres millones que producía la renta de los bosques de la corona; le autorizaba á modificar las disposiciones del decreto orgánico de veintidós de Mayo de mil ochocientos cincuenta y dos, regulando las relaciones de los grandes cuerpos del Estado entre sí y con el poder ejecutivo; señalaba á cada diputado una indemnización de dos mil quinientos francos al mes durante la legislatura ordinaria y la extraordinaria, y una dotación fija de treinta mil francos á cada senador; le facultaba, en fin, para concluir tratados de comercio, modificar tarifas, ordenar por decreto trabajos de utilidad pública, repartir los créditos de cada ministerio en los diferentes capítulos, y disponer transferencias de un capítulo á otro. Así se despojó al Cuerpo legislativo de sus atribuciones en materia económica, y pareciendo esto poco aún, se le prohibió introducir enmiendas en las leyes sin el consentimiento del Consejo de Estado, ni comunicarse con el público sino por la nota oficial redactada bajo la dirección del presidente, con prohibición á los periódicos de insertar otra. Por estas restricciones, añadidas á la Constitución de mil ochocientos cincuenta y dos y á los decreto-leyes de la dictadura, toda la autoridad se concentró en manos de Napoleón, fundándose un imperio eminentemente autoritario. Al fondo acompañó la forma. No obstante su origen popular y su filiación revolucionaria, el nuevo imperio se rodeó, como el primero, de las antiguas costumbres monárquicas. Al igual que su tío, Napoleón III se instaló en las Tullerías y se rodeó de fastuosa corte, á la que procuró atraer los nobles y donde la etiqueta recobró su dominio. Multiplicó los mariscales de Francia; restauró los cargos de gran mariscal de palacio, gran chambelan, gran escudero,

gran cazador, gran limosnero, amén de sin fin de dignatarios de inferior categoría; se rodeó de una guardia imperial privilegiada; creóse, en fin, una familia *civil*, colocada bajo su autoridad personal, y una familia *política*, en la que el Senaño-consulta de siete de Noviembre le autorizaba á designarse sucesor. Componían esta última no más que el ex-rey Jerónimo y sus dos hijos, la princesa Matilde y el príncipe Napoleón. Por decreto de diez y ocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y dos, la herencia imperial se dió á Jerónimo, y después de él á su hijo, caso que el Emperador no los tuviese. Por su edad, no era probable que Jerónimo hubiese de subir al trono; su hijo, en cambio, no tenía más que treinta años, y era de carácter libre, violento á ratos, que en la Asamblea legislativa se había sentado en los bancos de la *Montaña* y que, á pesar de su nueva dignidad, guardaba sus maneras democráticas y anticlericales, que disgustaban al Emperador. Para adoptarle, quizás había influido en Napoleón la esperanza de refrenarle y de ejercer, por su mediación, cierta influencia en el partido avanzado.

¿Será Napoleón fiel á la política pacífica, preconizada en el programa de Burdeos? se preguntaban Francia y Europa. Su matrimonio, efectuado unas semanas después de la proclamación imperial, se interpretó como síntoma de paz. Primeramente, buscó mujer en las casas reales de Alemania; pero sus gestiones no hallaron favorable acogida en las viejas cortes europeas, que si le habían reconocido como emperador, no profesaban consideración á su persona ni tenían confianza en su porvenir. Desairado en su doble demanda de la princesa de Hohenzollern y de la princesa Wasa, decidió, con su natural atolondramiento, casarse por amor. El *Moniteur* fué el encargado de anunciar que el Emperador se casaba con la señorita de Montijo, de gran familia española, «tan distinguida por la superioridad de su talento como por los encantos de una belleza acabada», y muy pocos días después, el veintidós de Enero, el propio Napoleón participaba á las mesas del Senaño y del Cuerpo legislativo y al Consejo de Estado, reunidos en las Tullerías, su resolución, diciendo, entre otras cosas: «La unión que contraigo no conforma con las tradiciones de la antigua política, y esta es su ventaja..... La reconciliación de Francia con Europa se logrará con una política recta y franca, con la lealtad en las transacciones, no con alianzas reales, que crean falsas seguridades y sustituyen á menudo el interés de familia al interés nacional..... Cuando se sube por la fuerza de un nuevo principio á la altura de las antiguas dinastías, sus puertas se abren no buscando introducirse á todo trance en la familia de los reyes, sino acordándose de su origen y tomando resueltamente, frente á Europa, la posición de advenedizo, título glorioso cuando tiene por base el libre sufragio de un gran pueblo». El matrimonio civil y el religioso se celebraron con gran pompa los días veintinueve y treinta de Enero de mil ochocientos cincuenta y tres. La nueva emperatriz, Eugenia de Montijo, hija de un grande de España, que había militado en el partido francés cuando el rey José, y de origen escocés por su madre, muy conocida ya en París

por haber brillado en las recepciones del Eliseo durante la dictadura, iba á realzar con su belleza, su gracia y su lujo el brillo de las fiestas, que desde entonces se sucedieron casi sin interrupción en las Tullerías; pero ignorante, antojadiza y frívola, nunca llegó á ser verdaderamente popular, é inclinada por educación al partido ultramontano, se adhirió á él con tanta más pasión cuanto más dispuesto se mostraba el príncipe á combatirlo. Por este modo se formaron al rededor de Napoleón III dos partidos inconciliables, entre los que el alma vacilante del emperador nunca supo decidirse, en detrimento de su política y para desgracia de Francia.

En la sesión inaugural de los grandes Cuerpos del Estado, efectuada el catorce de Enero, el emperador leyó un discurso celebrando la prosperidad nacional, los progresos de la colonización, los triunfos de los ejércitos en África, los grandes trabajos emprendidos y el reconocimiento del imperio. De este discurso, el público no retuvo mas que esta frase, tantas veces repetida después: «Á los que lamenten que no se haya dado más cabida á la libertad, contestaré: La libertad no ha contribuido nunca á fundar edificio político duradero; lo corona cuando el tiempo lo ha consolidado.» Con estas palabras aspiraba, sin duda, á convencer á Europa de la posibilidad de un imperio pacífico, y para fortalecerla en esta convicción, rebajó veinte mil hombres del efectivo del ejército, que ya había sido disminuido en treinta mil, y el ocho de Marzo decretó una exposición universal, que se abriría en París el primero de Mayo de mil ochocientos cincuenta y cinco. Esta actitud desvaneció el temor de Inglaterra de que se alterase la paz, y cuatro mil banqueros de la Cité de Londres, enviaron un mensaje á Napoleón III, aplaudiendo la feliz concordia entre ingleses y franceses para el reposo del mundo.

La legislatura de mil ochocientos cincuenta y tres ofreció interés muy escaso, y las pocas reformas que en ella se hicieron, tuvieron por objeto acabar de poner en manos del Emperador todas las energías del país. Se reformó el decreto de siete de Agosto de mil ochocientos cuarenta y ocho sobre el jurado, para poner la formación de éste en manos del poder; se revocó la legislación de aquel mismo año sobre los consejos de hombres buenos, para acabar con el predominio que en ellos ejercían los obreros; se reorganizaron, en fin, las sociedades de socorros mutuos, para ponerlas á discreción de la autoridad por la designación de sus presidentes y secretarios.

Todo este poder que Napoleón concentró en sus manos, lo dirigió principalmente al fomento de la riqueza pública, que alcanzó un desarrollo portentoso. Se multiplicaron los institutos de beneficencia, los asilos de niños y viejos y las sociedades de socorros mutuos; se terminó la construcción de barrios obreros en los grandes centros industriales; se procuró organizar la asistencia médica en las ciudades y en los campos; el *Crédito inmueble*, elevado á institución del Estado, permitió á los propietarios, grandes ó pequeños, y no menos á los Ayuntamientos y á las provincias, proporcionarse á interés módico los ca-